

# ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

## Precios de suscripción

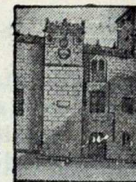
En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas  
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

## SUMARIO

	Páginas	
Publio Hurtado: Ensayo de interpretación de su personalidad.....	3	<i>Emilio Martín de Cáceres.</i>
Ideario Extremeño .....	10	<i>Fray Juan de los Angeles.</i>
Nuestros clásicos: Soneto .....	11	<i>José de Espronceda.</i>
Cruz de las cruces (Villancico).....	12	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Sobre la comunidad europea de defensa (C. E. D.).....	13	<i>Luis Rodríguez Arias.</i>
El misionero.....	16	<i>Gregorio Gallego Cepeda.</i>
Del pasado próximo cacereño: Los exploradores (1905) .....	17	<i>Miguel Muñoz de San Pedro.</i>
Villancicos .....	20	<i>Manuel Pacheco.</i>
Llamas de Capuchina .....	21	<i>José Canal.</i>
En torno a D. Miguel de Unamuno (I)...	22	<i>Francisco Marcos López.</i>
Cuadros de Zurbarán.....	27	<i>Antonio López Martínez.</i>
Resonancias del de Asís.....	29	<i>T. Riego Blanco.</i>
Avisos .....	30	«Prudens».
Glorias extremeñas: El maestro Gonzalo Correas y su «Vocabulario de refranes» .....	31	<i>Adolfo Maillo.</i>
Galeotes .....	35	<i>A. F. Trelles.</i>
Nieve.....	36	<i>Santos Sánchez Marin.</i>
Cuento de Navidad .....	37	<i>Fernando Villalba Diéguez.</i>
Acorde lírico (IV) .....	39	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Temario son del camino.....	40	<i>Mario Angel Marrodán.</i>
«Mensaje de Navidad» .....	42	<i>Antonio Pino Vázquez.</i>
Semilla .....	45	<i>M. García Viñó.</i>
Flores para Santa Eulalia .....	46	<i>José Álvarez Sáenz de Buruaga.</i>
Crítica sin hiel.....	49	<i>Un Aprendiz de Hablista.</i>
Te he visto en la aurora.....	52	<i>Luis Agustín Pizarro Peña.</i>
Mirador: Crónica .....	53	<i>Curio O'Xillo.</i>
Recensiones.....	55	«Omar», y <i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera .....	62	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas .....	63	<i>C. R.</i>
Láminas.....		«Hernán Cortés», por <i>Enrique Pérez Comendador.</i> Fotos de <i>A. Castellanos, Gudiol y E. Herreros.</i>



# ALCANTARA



Año VIII

DICIEMBRE DE 1952

Núm. 62

## PUBLIO HURTADO

(ENSAYO DE INTERPRETACION DE SU PERSONALIDAD)

Este interesante y bien escrito trabajo fué leído en la velada necrológica celebrada en honor de don Publio Hurtado, en el Ateneo de Cáceres, en Abril de 1929. Al publicarlo hoy en *Alcantara* contribuimos a enaltecer la memoria de don Publio y a suscitar la curiosidad de la juventud estudiosa, en torno de esta relevante figura extremeña.



La muerte ha sellado con su triple sello: el del silencio, el del olvido y el de la ausencia, la vida terrenal de Publio Hurtado.

A nosotros corresponde hoy, taumatúrgicamente, evocar su figura literaria, corporizarla ante vuestra presencia. Para nuestra minoría, la de sus adictos, es esta imagen algo de una fugaz eternidad que, paralela a nuestra ruta, nos seguirá hasta el límite fronterizo del trasmundo. De su figura corporal—arcilla que se reintegra a la tierra—queda el recuerdo, impreciso como un daguerrotipo, que se dispersará en la nueva generación que inicia ahora su ascensión en la vida. La silueta aristocrática, el semblante fino y estilizado de filósofo griego enmarcado por el vellón de nieve de las patillas ochocentistas, emprendieron—iniciando un leve gesto de adiós—el viaje infinito del que no hay retorno.

De su figura espiritual subsisten las huellas, victoriosas y firmes, el universo de sus creaciones, la impronta indeleble de su inteligencia sobre la blanda cera del tiempo.

\*\*\*

Publio Hurtado no quiso transcender el horizonte provincial. En lugar de la lucha en el centro geográfico de España, prefirió el labor recogida en su provincia fronteriza. Sistematizó su amor a la tierra en una característica fecunda: en el amor y en la exaltación de sus hombres representativos, en la exhumación de datos inéditos en la historia regional, en ser un minero de profundidades y perderse por las galerías soterradas de las supersticiones en una



búsqueda afanosa de identificación, de conexión de la historia provincial con el tesoro de la tradición española.

En Publio Hurtado existe un prencunio o augurio de su vocación de historiador y de arqueólogo, y de su profundo amor a la tradición y a la civilización latinas, en su nombre de pura estirpe romana. Nombre que enaltecido por generaciones de legados imperiales, de lictores, de duunviros y de tabularios, marca el rumbo de su vida: la profesión, inmersa en la gran corriente romana del derecho que llega a nuestra época en una alta e incontrastable pleamar, y la nostalgia de las civilizaciones de la cuenca mediterránea de las que es última heredera, en la antigüedad, la Roma cesárea.

En Publio Hurtado van tan unidas, en un ensamblaje indestructible, las personalidades del investigador y del creador puro, que se hace difícil escindir las, desglosar esta doble personalidad que, como en el mito platónico de los andróginos, siendo dos individualidades antagónicas y concretas, se yuxtaponen en una sola, armónica e integral. La historia, en Publio Hurtado, adquiere calidades humanas, de cosa viva y fluyente, y se enoja de humanismo y de calor vital. El creador asimila calidades de profundidad e ilimitadas perspectivas en el caudal histórico. Y, de aquí, la apretada hermandad, la fusión perfecta e indiscernible.

La personalidad creadora de Publio Hurtado se desvincula en varias zonas: la lírica, la novelística —y dentro de ésta la costumbrista y la arqueológica—, los ensayos históricos—labor investigadora—y la aportación a los estudios psico-fisiológicos con «Supersticiones extremeñas».—Personalidad diversa, rica en variedad y matices.

La labor lírica corresponde a la edad juvenil. Su apostolado de cultura se inicia con la poesía. La época, romántica y arbitraria, lírica y embriagada de esencias liberales de 1870, engendra una literatura, individualista y dramática. El amor, que, generaciones subsiguientes—en especial la novecentista—despojan de divinidad y de mitología—y reducen a especulaciones y ensayos de psicoanálisis—la peripecia más apasionante del siglo niño—, entregándole inerme a biólogos y psiquiatras, integra e inspira la poesía, idealista y sensual, brumas germánicas en Bécquer, de fines de ochocientos. Inmerso en esa influencia fin del siglo, nuestro autor escribe su poema «Amor y Martirio», impreso en Lisboa en una de sus innumerables estancias en Portugal al que le unía un acendrado e inteligente amor, y la amistad fraterna con la poetisa Carolina Coronado. Poema aldeano transcendido de plenitud de amor, penetrado de una simplicidad rústica y primitiva, y ungido de aliento trágico por la intervención de la guerra.

«La mujer adúltera» es un poema bíblico, de motivos hebraicos e influencias orientalistas, en ese momento coetáneo a Zorrilla en que Persia y Arabia imponen en la lírica las modalidades peculiares de los poetas de Harún al Raschich y de los Emiratos de Córdoba. Es un poema más logrado, de una mayor diversidad y riqueza de ritmos (octosílabos, pentasílabos combinados con heptasílabos y ro-

mances de una perfecta estructura). Este poema tiene una fragancia semítica, dulcificada por la influencia del Nuevo Testamento. Es un motivo de la ley mosaica—espíritu fariseo y victimario—por el que cruza la ráfaga humana y persuasiva de la Buena Nueva, ennobleciéndole y depurándole. Y es tal la frescura y sutilidad del ritmo, la concisión y novedad de las imágenes, que suscita la sensación de algo contemporáneo, hijo de nuestra época.

Serenadas las influencias del medio, y paralela a su labor de investigador y novelista, en posesión de un estilo y de una técnica, van naciendo poemas de menor radio, pero de una más depurada belleza. Romances perfectos de forma, puros y concisos, de una estética esquemática y tradicional que despierta el recuerdo de los romances fronterizos. Y, para acusar más la semejanza, vertidos en una fabla medieval y de un orientalismo aprehendido en los poemas árabes, fraterno de los del Duque de Rivas, Zorrilla y del levantino Arolas. De esta modalidad es el romance «La nieta del Alfageme» en castellano de la época de la Reconquista, episodio hispánico-arábiga que produce la impresión de un trozo de romancero por su primitivismo y por su fragancia y por el espíritu, justiciero y viril, que en él alienta.

Y, ya en la madurez, la ironía que no aparece en los poemas de juventud, irrumpe en «Ráfagas», poesías breves, fugaces y aleccionadoras, con aire de cantar popular, troqueladas en esa manera típica y tipista que el pueblo imprime a su lírica apodíctica y esquemática. Su espíritu maduro, de retorno de todos los caminos y al margen de todas las sorpresas, va tallando pequeños diamantes, de rara luz, en los que su sabiduría se inviste de fresca gracia popular.

\*\*\*

En la novelística de Publio Hurtado hay que trazar una divisoria definida y clara. La novela costumbrista y la novela arqueológica o histórica. Calidades disímiles y de rara aleación. A nuestro recuerdo acude el nombre de Flaubert, el creador de «Madame Bovary», modelo de realismo de vida provinciana, exponente de la vida francesa del Rouen de mediados del ochocientos, y el Flaubert en que la intuición de lo sublime y el aletazo de lo trágico se reflejan en «La Leyenda de San Antonio» y en «Salambó», modelo de captación, de incorporación de Cartago a la vida contemporánea en uno de sus momentos de superación. Esta ambivalencia, que, tan pura y raramente se realiza, asume en nuestro autor una gracia nativa y un don providencial. El costumbrismo, nervio de nuestra novela del ochocientos, influencia directa de lo español—novela picaresca, Quevedo, Ramón de la Cruz, Larra, Mesonero Romanos—y, la novela arqueológica, sugestión de Walter Scott, Bulwer Lytton, y la más cercana de Flaubert, modalidades contradictorias que sólo reconocen paridad en espíritu Flaubertiano.

La novela costumbrista es el resultado de la atracción que ejerce la vida provincial, la vida en torno, que se siente fluir y cercar y ceñir todas nuestras horas en un apretado e irreparable abrazo. Es la



modalidad provincianista que inspira a «Clarín» *La Regenta*, la obra más jugosa y representativa de la provincia española. En «Clarín» llega a adquirir caracteres universales, amplitudes genéricas y provincialistas por oposición al provincianismo. En nuestro autor se estructura en anotaciones marginales al panorama ciudadano. Sus personajes tienen nombres de seres que actúan en la vida real, designados por sus propios patronímicos, sin la máscara de la novela de clave. Están fijados de una manera indeleble, como en un aguafuerte, línea a línea, a la manera de un pintor puntillista, o como mariposas de entomólogo. En esta novela provincial se pierde el carácter novelesco para matizarse de pequeña y trivial historia, transcendida la categoría del género. Influenciado así, de esta vida en torno, pierde el deseo de los panoramas espirituales. por esta dedicación suprema al detalle y al análisis. Dentro de esta limitación, perseguida afanosamente y de una manera voluntaria, la novela costumbrista—historia provincial adquiere, por la sobriedad de técnica, una belleza clara y simple de estampa primitiva. La vida de nuestra ciudad del ochocientos setenta al novecientos está en esa crónica, ágil y fresca, que son «El ídolo roto», «Cuquito» y «Perinola», «Redentora» y «Las plumas de ganso».

\*\*\*

La novela histórica o arqueológica suscita un problema de psicoanálisis. En el retorno a civilizaciones remotas y extintas impera un llamamiento multiseccular, un complejo mezcla de nostalgia y de ansiedad viajera, un estar en la vida contemporánea y una fuga intermitente—pero, reiterada, en su cíclica intermitencia—a través del tiempo. La obediencia a lo que pudiéramos designar imperativo ancestral.

La psicología de un carácter de la antigüedad, incurso en el hombre contemporáneo, implica un análisis en el substracto profundo y primigenio del subconsciente, con olvido de la sensibilidad depurada en el tiempo y en el espacio, y un desplazamiento a culturas primitivas en que los módulos y directrices aparecen de una simplicidad meridiana a la compleja estructura del hombre de nuestro tiempo. Y esta facultad de reversión, de adentramiento en el tiempo en un retroceso voluntario, o en una súbita iluminación a la manera mística se produce en el erudito experto en culturas antiguas y, también, en el hombre saturado de esencias modernas y extraño a las civilizaciones matrices. Los datos históricos, los detalles arqueológicos, constituyen lo espectacular y adjetivo al alcance del investigador. Lo que está fuera de nuestro radio de acción es la manera espiritual, la psicología de los hombres de otras civilizaciones que supieron imprimir carácter a su época, ungiéndola de peculiaridades específicas y diferenciales. Y esta profunda manera, inasequible a nuestra edad, es la que aprehende y recrea el novelista histórico.

Esta idealidad, de la que no puede existir modelo ni ejemplario, —no son suficientes Acropólís, estelas funerarias, viejas epigrafías, naumaquias y Digestos—es la que resucita una vida concorde con

los hábitos, religión y gobierno de las civilizaciones extintas y deshumanizadas, la que crea no el homúnculo de esas civilizaciones, sino el hombre tipo, el hombre integral de las mismas.

Publio Hurtado es el erudito conocedor de los secretos y el creador que vuelve a la vida al hombre de una cultura, infundiéndole un alma, humanizándole. No hay en su obra reminiscencia o sugestión de la obra de Walter Scott, ni de Bulwer Lytton. Es una manera personal, una orientación autóctona sin parentesco con el manierismo de Scott ni con la virtuosidad refinada de Bulwer Lytton. Su propia cultura, viva y vivaz, fecunda y creadora, hace surgir sin esfuerzo, en una fluencia serena y caudalosa, vastos lienzos murales, estampas de una belleza imprecisa y exótica y figuras de inusitado relieve.

Lo más expresivo de esta peculiaridad de nuestro autor es la significación, estrictamente mediterránea, de su ámbito histórico. Sólo un leve escape a culturas nórdicas, la secular y verde Erin en «El arquero de Lincoln». La toponimia de su labor es, por sí misma, expresiva. En «El mayor triunfo de Seleuco», fastuosidades de corte macedónica en la Babilonia de los sátrapas del Viejo Testamento. «Laodicea», friso griego, escultores, arpistas y cortesanas en Olimpia y Atenas de 435 antes de J. C. «El cinturón de Afrodita», isla de Chipre, ámbito de la civilización Egea. «Tras el eterno ideal», época del «cuattrocento» italiano, florecimiento de la cultura humanística. «Kinza», la España árabe y pujante del Califato de Córdoba. «El caramillo del dios Pan», el Olimpo, esencia de helenismo y visiones mitológicas, humanización de las fuerzas naturales: ninfas, náyades, sátiros, centauros, la fauna de la Grecia que murió con el dios Pan, insepulta en el ocultismo. Es, en cierto modo, la realización—no en su singladura marinera ni en sus fines formativos y comerciales—del periplo mediterráneo de los adolescentes patricios romanos y de los sagaces mercaderes fenicios.

Su contribución a la novela histórica, en la zona peninsular, tiene claros ejemplos en «El beso mortuorio», en la Iberia de los legados imperiales y en los albores del Cristianismo, con las dulces prédicas del apóstol Sant-Yago por las cercanías del Pombal de viñeta en la Lusitania romanizada. «Alcira la gitana», evocación de los templarios en tierra extremeña. Y el vasto lienzo mural, cumbre de su obra, de «La batalla de Zalaca».

\*\*\*

Publio Hurtado tiene una modalidad ignorada del gran público. La minoría conoce esta calidad de su espíritu, inédita para la multitud. El fetiche de la erudición paraliza todo movimiento cordial, y ese terror pánico al erudito dificulta el acercamiento a uno de los más puros veneros de la obra de Publio Hurtado.

Hoy en que el psicoanálisis y su pontífice Sigmund Freud y sus epígonos Jung y Adler absorben la atención de científicos y de intelectuales, resulta significativa esta devoción de nuestro escritor por los asuntos psicofisiológicos. «Supersticiones Extremeñas» es



un semillero de estudios fundamentales sobre esas creencias, profundas y soterradas, que perviven en las secretas galerías de la personalidad, formando el fondo último y secreto de la conciencia, en un retorno a lo primitivo y a lo mágico, y en una ferviente nostalgia del clan y del hechicero orientada hacia los ocultos poderes de la naturaleza personificados, a la manera persa y caldea, en representaciones de animales y plantas sagrados e intangibles.

La cultura de Publio Hurtado, proteica y anclada en remotas y misteriosas civilizaciones, adquiere claridades insospechadas. Y la expresión serena, unguada de luz, penetrada de una fina acuidad interpretativa, morosa y retardada en la descripción, va penetrando buida y acerbamente en el *humus* fecundo de las supersticiones populares, aflorando creencias remotas de parsis y druidas que han pervivido en todos los países entre la urdimbre de las nuevas civilizaciones y culturas. Esta labor de identificación de los viejos mitos y de sus rituales que, caldeos, egipcios, celtas y griegos, crearon frente a las fuerzas ciegas e irrefrenables de la naturaleza, humanizándolas y haciéndolas propicias con ofrendas y sacrificios, es una alta labor de aportación a la historia más verdadera y substantiva: la historia de las creencias de la humanidad, en ese alternativo flujo y reflujo de teogonías, sintomáticos de nuestra desorientación y de nuestro desvalimiento ante lo infinito.

La tendencia a lo maravilloso, las vidas de iluminados, las herejías de nuestros heterodoxos—contribución a la casuística y al caos místico peninsular—, la historia de nuestras supersticiones, las leyendas que entroncan con las tradiciones euro-asiáticas y africanas, y ese gregarismo espiritual de la Extremadura del medievo, floración de mitos herederos de los misterios púnicos, de la teurgia escandinava y de los dioses antropomórficos de Grecia y de Roma, integran «Supersticiones Extremeñas».

Publio Hurtado, espíritu profundamente liberal y ampliamente religioso, sin fronteras, bucea en esas profundidades abisales con la escafandra de su serenidad y de su aguda inteligencia, realizando una labor de superación de sí mismo, con matices universales, partiendo de lo particular y específico y elevándose a lo genérico.

\*\*\*

La labor más copiosa y lograda de Publio Hurtado es la dedicación, absoluta y ferviente a lo largo de su vida, a las fuertes individualidades extremeñas del quinientos.

Una atracción más poderosa que su voluntad le hace inclinarse sobre viejos folios y descifrar—buen paleógrafo—documentos añtones en archivos oficiales y privados tras del dato inédito y revelador de un carácter. Es una nostalgia incurable del guerrero, del oidor, del fraile y de sus aventuras en los virreinos de las Indias occidentales. El culto al héroe, no a la manera carlyliana, deificando y elevando al hombre a la categoría de símbolo. El héroe de Hurtado es el hombre integral, dotado de pasiones, mezcla de santo y de pecador que al mismo tiempo que empuña el lábaro cristia-

no acepta gozoso por esposa a la mujer india y crea así, en esta fusión de razas, el mestizaje. Sus héroes están saturados de sentido humano, desposeídos del halo místico de los héroes de las sagas escandinavas, y henchidos de anécdotas y de episodios de lo trágico cotidiano. Son HOMBRES, íntegra y fundamentalmente, aún cuando el aborigen americano les confiera categoría divina. Y aún cuando la epopeya de la colonización, subsiguiente a la aventura colombiana, por sus dimensiones gigantescas e inauditas les sitúe en un plano cimero de superioridad.

La vida no ha vuelto a dar origen a estas fuertes individualidades—energías cósmicas de la naturaleza—de guerreros y colonizadores, ni ha creado, nueva vez, una época unguada de acendrado fervor y de idealismo, prevaleciendo sobre múltiples apetitos del individuo. Es un ciclo que se acerca a los linderos de lo mitológico con esa sumisión fatalista de un continente virgen y ese señorío incontrastable sobre los elementos del español en América. En este museo de «Indianos extremeños», en posesión de virtudes cardinales, destacan individualidades señeras que ligaron su destino y su estirpe euro-africana a princesas del linaje real de Moctezuma y transcendieron los límites restringidos del ámbito regional—en su concepto geográfico—incorporándose a las individualidades de tipo universal por sus características suprahumanas de energía, sagacidad y equilibrio, privativas de fundadores de pueblos.

Publio Hurtado ha sabido, con depurado y tolerante franciscanismo, preocuparse de los humildes y remotos conquistadores que integraron el nervio vivo de la epopeya. Es una anticipación de lo que después haría Europa en el novecientos con el héroe desconocido. Pero, nuestro autor, los sitúa en su ambiente y los encuadra en su vida de todas las horas. Acusa su fisonomía, su carácter, y les acompaña en sus aventuras coloniales trasatlánticas. Es uno de los cien ojos de Argos, vigilante y zahorí, presidiendo los destinos humildes. En esta acendrada dedicación les extiende su cédula de inmortalidad, les discierne su corona de roble como a significados heroídas.

«Indianos Extremeños» trasciende un grande amor y una profunda y entrañable nostalgia. Hurtado, en su encendido extremeñismo, de poder variar el rumbo cósmico de la vida, hubiera adscripto América a Extremadura. En su subconciencia, sin él mismo revelárselo—espíritu amplio y generoso—intuía que restaba triunfos a Extremadura la intervención de vascos, portugueses, castellanos y andaluces en la penetración de América. Y fué consuelo de su senectud ver a Blasco Ibáñez—peregrino por Extremadura en captación de su paisaje y de su alma—acercársele en demanda de material histórico sobre los extremeños colonizadores para incorporarlos, germen y núcleo de la España transmarina, a la novela genesiaca de América.

\*\*\*

Publio Hurtado sintió más lo heroico, el dinamismo fecundo de las vidas epónimas. La vida en torno no suscitaba en él la hiperes-



tesia de su sensibilidad: fuerza propulsora en la obra imaginativa. Lo heroico era su ambiente, su elemento vital. Fué un espíritu para la loa del adelantado de las épocas coloniales, para el personaje de la tragedia griega y para el hombre de la Roma victoriosa y cesárea. Es a esta *personae dramatis*, al héroe, al que insufla una vitalidad que excede de lo humano, y al que sobre el armazón histórico le estructura un alma esforzada y un corazón varonil.

Nostálgico de antigüedad su vida estaba vuelta al rumor de las civilizaciones primitivas, en una angustia viva y perenne de eternidad, en una sospecha tremante de su advenimiento. Era un alma antigüa con esa frescura y juventud que trasciende de los diálogos platónicos, con ese aire primitivo y moderno que hace de algunos ejemplares de la antigüedad espíritus eternos y permanentes, presentes en todas las épocas.

EMILIO MARTIN DE CACERES




---

## IDEARIO EXTREMEÑO

Cuando fueres injuriado y tenido en poco alegrarte has, o a lo menos no te entristecerá; y en tanto que para esto no tuvieres caudal y virtud, cree ciertamente que no te desagradas a ti mismo de todo punto, ni has llegado a humillarte perfectamente, y que aún se ha quedado en tu corazón alguna raíz de soberbia que impide a esta sagrada mortificación.

Fray JUAN DE LOS ANGELES

### NUESTROS GLASICOS

## SONETO

Fresca, lozana, pura y olorosa,  
 gala y adorno del pensil florido,  
 gallarda puesta sobre el ramo erguido,  
 fragancia esparce la naciente rosa.

mas si el ardiente sol lumbre enojosa  
 vibra del can en llamas encendido,  
 el dulce aroma y el color perdido,  
 sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura  
 en alas del amor, y hermosa nube  
 finí tal vez de gloria y de alegría,

mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura  
 y deshojada por los aires sube  
 la dulce flor de la esperanza mía.

José de ESPRONCEDA